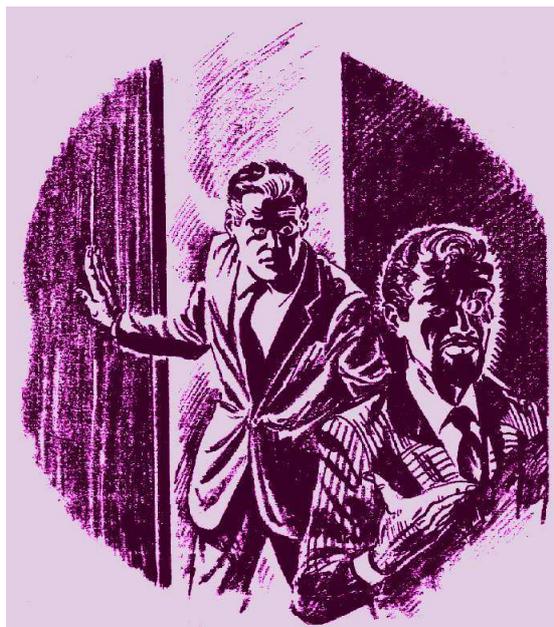


UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

46. JUSTIFICÁNDOSE



LA BIBLIOTECA no tenía ninguna ventana al exterior, de manera que sólo se podía iluminar mediante alguna fuente de luz artificial. El barón Bathory había escogido la intimidad de la lámpara de pantalla verde, dejando en penumbra el resto de la habitación, con sus desbordantes anaqueles. Observé que no había encendido fuego en la estufa.

—Lo estaba esperando, Poletti —repitió el barón. Una fina mano me indicó una butaca—. Siéntese, por favor.

—Buenos días... —saludé, turbado, y le obedecí.

Los ojos verdes me atisbaban desde el fondo de las sombrías cuencas. No advertí rastro de cordialidad en ellos. Tampoco de ningún otro sentimiento: tan sólo una alarmante severidad.

—Esto es sumamente delicado, señor —dijo—. He notado la falta de dos piezas de este tablero. ¿Tiene algo que decirme sobre el particular?

Tragué saliva, y me di cuenta de que mi prominente nuez había saltado.

—Sí —repuse, titubeando—. Puedo explicarle...

—No hace falta. Únicamente pretendía confirmar mi presunción —la aristocrática cabeza se irguió—. Su presencia —afirmó, mirándome con fijeza— ha... perturbado los hábitos de este castillo.

Me puse de pie, con las mejillas en ascua.

—Si me está pidiendo...

—¡No! —movió ligeramente la mano derecha—. No me malinterprete, amigo mío. No

estoy disgustado con usted... Usted no puede oponerse a su propia naturaleza. —Sonrió con simpatía—. Hágame el obsequio de sentarse otra vez... Gracias.

—Sé que procedí mal, señor barón. No tenía ningún derecho a disponer de sus cosas —dije—. ¡Pero le suplico que me crea que mi único motivo fue ayudarlo!... Igual que Sandor.

—¿El tomó las estatuillas? ¿Sería para... estudiarlas?

—Creyó que era lo más acertado... ¡Pero no vaya a pensar que estoy eludiendo mi parte de culpa, señor! Yo estuve de acuerdo con él en todo...

Inclinó la cabeza. Sus ojos penetrantes me escrutaron oblicuamente.

—Sandor jamás habría hecho nada semejante por sí solo —levantó otra vez la mano—. ¡No me entienda mal! No es que lo acuse a usted; es que comprendo que las cosas ocurren del único modo en que está dispuesto que ocurran... —Enfrentó mis ojos—. ¿Cree usted que llegó al castillo por *casualidad*?

—**M**E EQUIVOQUÉ al tomar un tren —repliqué—. Me perdí paseando en el bosque.... —pero él se contentó con sonreír, meneando la cabeza, sin añadir una palabra más sobre el tema.

—Supongo que las investigaciones científicas de mi primo habrán arrojado resultados... insólitos, ¿no es así? —preguntó a continuación.

—En efecto... La estatuilla blanca... —Pero él volvió a interrumpirme mediante un ademán cortés, aunque definitivo.

—Ya lo sabía —dijo.

—¿No quiere que le explique...?

—No es necesario. Sé muy bien lo que son esas figurillas. Sé lo que representan. —Se inclinó hacia atrás en su sillón, y su rostro se integró a las sombras—. Pero se trata de algo que participa de una naturaleza demasiado blasfema como para que se lo acepte de buenas a primeras.

CAPTÉ una vibración impalpable, una especie de estremecimiento de partículas infinitesimales..., como si más allá del nivel subatómico se abriese diafragmalmente una sima hacia un cosmos ajeno y misterioso.

—¿Quiere saberlo usted también? —inquirió el barón Bathory.

Engarfié los dedos alrededor de los brazos de mi butaca.

—Dígame lo que sea —pedí—. ¡Me parece que es la única manera de poder empezar a entender!

Dejó de un salto el sillón que ocupara y presionó el interruptor de la luz. Surgieron a la vista los abigarrados estantes de la biblioteca.

—¿Ve todo eso? —exclamó—. ¡Basura! ... La realidad no se halla aquí, señor Poletti. ¡Yo puedo llevarlo a donde está realmente! ... Pero, ¿seguro que desea acompañarme? ¡Le advierto que yo aún estoy pagando el precio por haberme atrevido a descorrer ciertos velos..., y me temo que jamás saldará esa cuenta!

Me coloqué a su lado.

—Vamos —dije, sin lograr ignorar mi miedo.

Era extraño que me asaltase un temor así, nacido en rigor de la nada; temor a algo cuya naturaleza ni siquiera intuía... Pero no se me ocultaba que ese temor no surgía de mí. Emanaba del barón, como una niebla intangible que se iba condensando en mi torno, helándome hasta lo más recóndito con su gélida acidez.

Sentí que el aristócrata me oprimía brevemente un brazo.

—Es usted un hombre valiente. Muchas gracias, Poletti.

Luego apagó la luz y se acercó a uno de los anaqueles del fondo.

Del mismo extrajo un grueso tomo encuadernado en rojo. Metió los dedos en el hueco resultante, hizo algún movimiento que no pude apreciar con claridad y, de súbito, toda una sección de la biblioteca giró sobre un pivote, revelando un pasaje secreto.

¡Por allí habríamos de internarnos!...

(Continúa)

SIGUE: "HACIA LAS PROFUNDIDADES"... ¡EL ESPANTO CRECE HASTA LÍMITES INCONCEBIBLES! ¡EXEGRACIONES QUE LA MENTE MÁS AFIEBRADA SE RESISTIRÍA A ACEPTAR!... ¡SÓLO PARA LECTORES DE SÓLIDO CRITERIO... Y DE ÁNIMO A PRUEBA DE HORRORES!...TÓMELO COMO UN DESAFÍO, AMIGO CIBERNAUTA: ¿SE LE ANIMA AL "CLIC"?

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com